

XIV

Cuando á la hora del almuerzo, en el comedor del *Gallo Rojo*, un hermoso comedor con las paredes cubiertas de cuadros de tonos chillones, representando la caza del ciervo en tiempo de Luis XV, entregaron á van Berg el telegrama que le anunciaba su dicha, su rostro se iluminó, se retorció el bigote con ademanes de vencedor y doblando cuidadosamente el azulado papelito lo guardó, dándose la importancia del hombre que, después de larga espera y de haber empleado mucha paciencia y gran habilidad para llevar á buen fin importantes y delicadas negociaciones, puede exclamar satisfecho y seguro de su resultado:

—¡Al fin lo logré!

Naturalmente, tuvo muy buen cuidado de no revelar á sus vecinos de mesa la causa de su alegría.

El cobrador de contribuciones, intrigado,

cambió con el preceptor algunas palabras, en las cuales se notaba su asombro.

Decididamente, pensaban uno y otro, este extranjero no hace nada como los demás. Todo en él es misterioso.

Según esto, el alcalde triunfaba.

El monterilla tenía mejor olfato que sus administrados, y había olfateado al enemigo.

Hasta las sirvientas habían acabado por pensar que el galante personaje que las acariciaba la barbilla cuando las encontraba en los pasillos, á pesar de su buen aspecto, desempeñaba un papel poco claro.

Van Berg, absorto en sus pensamientos de dicha y embargado por su alegría, ni siquiera sospechaba las miradas de desconfianza de que era objeto.

El tiempo iba á parecerle muy largo.

El coche que conduce á los viajeros de Laroché, no llega hasta muy tarde, cuando ha cerrado ya la noche.

Entre tanto era preciso buscar el medio de que se le hiciera el tiempo lo más corto posible.

Se puso su traje de ordinario, cargó con los artefactos con que cargaba todos los días, y se

fué á vagar por el campo, buscando los sitios más poéticos.

Decir que seguía sus estudios del natural con la misma libertad de espíritu que siempre, sería un error de los más graves é injustificados.

Bosquejó negligentemente las ruinas del viejísimo molino, cerca del cual se había sentado, á la sombra de un sauce y se abandonó á sus ilusiones.

Llegaba á los umbrales de la dicha.

Echado, como Títero á la sombra de su árbol, repasaba en su imaginación las perfecciones de la encantadora Isabel.

Recordaba sus hermosos y negros cabellos, sus grandes y magníficos ojos, su ambarino cutis y sus labios de púrpura.

Hubiera querido que trascurrieran las horas con la rapidez del relámpago.

¡Qué largas se le hicieron!

Sin embargo, aunque nuestro liejés no lo notara, caían una tras otra en el abismo sin fondo del pasado, en su trascurso habitual.

Cuando creyó que ya había estado mucho tiempo en el campo, se volvió al *Gallo Rojo*, caminando por los senderos de las praderas

cercanas á Toury, escalando, con su impedimenta, las escaleras que forman, y cuando ya estuvo en la posada y en su cuarto, se entregó de lleno á preparar todo para recibir á su *prometida*.

Llegada la hora de comer, comió poco, y á la caída de la tarde, contando los minutos, se instaló sobre uno de los bancos del patio de la posada para oír los ruidos del camino.

Por fin el ruido de un coche de dos caballos, rodando sobre el puntiagudo piso de la única calle de Toury, y el de los cascabeles de los caballos, se fué acercando: la tralla del conductor hería los oídos de los curiosos que salían á su paso, y bien pronto el carruaje, un mal carricoche pintado de amarillo y negro, penetró en la posada.

El corazón del belga se agitó por la alegría. Se levantó de un salto, y sus ojos registraron con ansiedad el interior del carricoche.

Una mujer joven y linda se apeó de la especie de cupé abierto que formaba la delantera del vehículo.

No era la soñada morena y sí una rubia deslumbradora y capaz de halagar al más exagerado amor propio de un amante.

Iba vestida con un traje gris, de exquisito corte, y que ponía de relieve un busto sólido y lleno, hombros soberbios y un talle fino, que descansaba sobre caderas muy españolas.

El cuello, blanco como el alabastro, se destacaba de una gola de color crema, y un sombrero muy fino de verano, con lazos de terciopelo azul cubría sus rubios y abundantes cabellos.

Sus ojos, que parecían dominados por la languidez, resguardados del aire y del polvo por un velito de tul que la ocultaba á medias, se volvieron de pronto hacia van Berg, que devoraba con los suyos á la viajera; ésta se adelantó hacia él y le dijo con dulce voz:

—¿Señor van Berg?

Nuestro ingeniero se inclinó sin responder.

—Deseo hablaros.

—Estoy á vuestra disposición.

—¡Oh! no, aquí delante de gente no.

—¿Queréis subir á mi cuarto?

La desconocida vaciló.

—Bien—dijo por fin sonriéndose.

Y bajando la voz, añadió:

—Quiero hablaros de parte de mi ama, ¿entendéis?

Los criados llegaban en aquel momento y rodeaban á la viajera.

—¿Va á quedarse la señora en el hotel?

—Sí—dijo van Berg, después de haberla consultado con la vista.

La rubia siguió, sin hacerse rogar, al artista, que la mostraba el camino de su cuarto.

Los criados pensaron:

—Es la señora.

El cobrador de contribuciones y el preceptor murmuraban con cierta envidia:

—¡Pestes! ¡Es una mujer admirablemente formada! ¡Rubia como el oro y blanca como la leche! ¡Es una alemana; eso se conoce en cuanto se la ve!

Van Berg ordenaba á las maritornes:

—Dejad el saco de viaje en la habitación de al lado de la mía.

Y separándose para dejar pasar á la viajera:

—Pasad, señora—dijo con la mayor galantería.

XV

La linda muchacha pasó sin cumplido.

Se dejó caer con abandono sobre un sillón cubierto con terciopelo de Utrech amarillo, al cual el paso de los viajeros de comercio y el uso, habían infligido irreparables ultrajes.

—¡Uf!—dijo;—estoy cansadísima y magullada; ¡cuatro horas de ese coche infernal!

—¿Y vais á....?—preguntó van Berg con cariñoso interés.

—Al castillo de la *Jonchere*, á casa de la señora.

—¿Pero no esta noche?...

—¡Oh!... No.

—Habeis sufrido ya bastante con esas cuatro horas de viaje.

—¡Tenéis razón! Necesito descansar, y espero dormir bien.

Y la joven lanzó un suspiro que pareció que iba á hacer estallar el cuerpo del vestido.

—La señora me recogerá mañana á su llegada, á menos que Bastián, el guarda del castillo, no venga á buscarme; pero de seguro se habrá olvidado de ello.

—¿Quién es ese Bastián?

—El hijo del guarda, mi primo.

—¡Ah!... ¿Sois del país?

—De aquí no, soy de más lejos. En *Toury* no conozco á nadie. Cuando me marché hace seis seis años, era yo una chiquilla.

—Si me lo hubieran ordenado á mí, como á ese.... ¿Cómo habéis dicho?...

—Bastián.

—No hubiera sido yo quien se hubiera olvidado de cumplirlo.

—¡Ah!... Es que vos sois muy galante.

—¿Habéis dicho que queríais hablarme?—dijo el liegés, llevándola á lo que le interesaba.

—Sí, según parece, esperabáis á la señora hoy aquí.

Van Berg se retorció el bigote, y adoptó una actitud de vencedor, pero se calló.

—¿Es amiga vuestra la señora?—replicó la rubia con burlona sonrisa y peor intención.

Van Berg se inclinó.

—Pues, bien; voy á deciros lo que ha ocu-

currido. La señora no ha podido salir de París. ¡Está de un humor insoportable! Me ha dado el encargo de suplicaros que la dispenseis. Había pedido ya el coche, cuando su madre tuvo la mala idea de sufrir un síncope.

—¿Un síncope?

—Sí y sigue enferma.

—¿De veras?

—Está en cama. Es una enfermedad del corazón, según dicen los médicos. ¡Gritos, gemidos!... No hace más que decirle á la señora: «no me dejes, me muero». ¿Comprendéis?

—Perfectamente.

—Ha sido, pues, preciso que con las maletas hechas y todo preparado, se quede la señora. Pero se ha quedado horribilmente contrariada.

—¡Pobre mujer!

—Yo creía que también me tocaba quedarme, cuando la señora me dijo: ¡Rosa... me llamo Rosa!

—¡Adorable nombre!

—Es preciso que me prestes un servicio.

—¡Un servicio á la señora!—respondí.—Estoy dispuesta á cuanto la señora se sirva mandarme. ¡La señora no tiene más que decirme lo

que tengo que hacer y me arrojaré al fuego por ella si así lo desea?

—Eso es una manera de hablar ¿no es cierto?

—Perdonad, caballero, es una manera de pensar, pues lo probaré, si llega el caso. La señora replicó: Sal para Toury; te detendrás en el *Gallo Rojo* y explicarás lo que ocurre al señor van Berg. Si Bastien no está á esperarte en el tren, te irá á buscar mañana. Pasarás el tiempo lo mejor que te sea posible en Toury; en el *Gallo Rojo*. Salí de París y, aquí estoy. Conocí al señor enseguida que le ví. Ya le había visto una vez en casa, en la rue Royale.

—¿Y os acordabáis?

—¡Ya lo creo! El señor tiene una de esas fisonomías que no se olvidan facilmente. Además, yo tengo buena memoria. Está cumplido el encargo de mi señora, que de seguro os disgusta.

Van Berg vaciló un momento, contempló de lleno á la joven, que á su vez le miraba con cierto atrevimiento con sus grandes y magníficos ojos azules y respondió.

—¡Nada de eso!

—¡Calle exclamo Rosa; eso si que es raro!

¡Yo creía que esta noticia os... descorazonaría!

—¿Por qué había de ocurrir eso?

—No lo sé; pero como la señora parecía tan contrariada, disgustada é inquieta.

—Pues bien, no estoy lo desconsolado que debiera estar, si no hubiérais venido vos; ¡pero no vayais á hablarla de esto, señorita Rosa!

—Vos mismo la direis lo que os convenga decirlo. Por mi parte, podeis contar con mi discreción. Pero, añadió enrojeciendo ligeramente: ¿por qué no os contraría?

—¿Teneis empeño en saberlo?

—¡Caramba!

—Vuestra ama es morena y yo adoro á las rubias.

—¡Ah!

—Esperaba la llega de una morena encantadora y es la más preciosa de las rubias quien se presenta. Aquí, para entre nosotros, voy ganando bastante en el cambio.

—Os burlais,—dijo Rosa con afectación.

—No, os lo juro. ¡Sois adorable! Desde el día en que abristeis la puerta en casa de vuestra ama y me fijé en vos, fué para mí como una revelación. Me desvanecí al veros y desde entonces no hago más que pensar en vos.

—Entonces el señor no debiera estar muy divertido, porque pensar en una persona á quien no se vé, no debe ser ocupación muy entretenida ni agradable.

—¡No conozco nada más agradable que eso!

Van Berg se aproximó de pronto á la linda joven, que sabía hacer uso de las miradas como una coqueta de teatro, cuando se abrió la puerta de comunicación entre ambos cuartos y una sirvienta exclamó con voz pastoril:

—La habitación de la señora esta dispuesta ya. ¿La señora querrá cenar?

—¡Sí, ya lo creo que quiero; como que tengo gran apetito!

—La señora será servida antes de cinco minutos.

—¡Tanto mejor! ¡Tengo realmente hambre, no ya apetito!

Al propio tiempo que pronunciaba estas palabras Rosa, se ponía en pie y decía al belga:

—¿Se come bien en esta barraca?

—¡No se come del todo mal!

—¡Tengo verdadera pasión por la buena cocina! La de casa es perfecta. La cocinera de la señora pasa por ser una de las mejores cocineras de París.

—¡Es glotona!—pensó van Berg.—¡Admirablemente; ese pecadillo hace esperar otros!

Y añadió en voz alta:

—Como hace ocho días ya que estoy aquí, conozco el pueblo y todos sus alrededores, y si me lo permitís, os acompañaré á visitar el pueblo después de que hayáis cenado.

—¡Con el mayor gusto, y os lo agradezco!

—De paso charlaremos—añadió van Berg con ternura.

—Como gustéis—dijo Rosa, dirigiéndole al mismo tiempo una seductora mirada.

—¡Oh!—se dijo el liejés.—¡No es esquivia la pequeña!

No parecía serlo, en efecto.

Pasó á su cuarto, sin siquiera molestarse en cerrar la puerta, ordenó y arregló un poco su traje, se pasó la brocha por la cara, el cuello, los brazos y las manos, arregló los magníficos cabellos, que caían sobre su frente en rizos naturales y bajó ligera, rozagante y alegre, seguida de su admirador, que se sentó á su lado en la sala de los cazadores de Luis XV, que habían abandonado ya los huéspedes y abonados, cuya comida terminó una media hora antes de la llegada del coche.

Al verlos conversar con tanta intimidad, ni la hostelera, ni los criados, ni los concurrentes habituales, podían suponer que apenas si se habían visto una sola vez hasta entonces.

Durante la comida, van Berg no cesó de prodigar á su compañera las más delicadas atenciones. La servía él por sí mismo, la ponía vino en el vaso y prevenía sus menores deseos. Ella acogía estos cuidados con sonrisas alhagadoras, que eran para nuestro ingeniero pruebas irrecusables del mejor de los augurios.

La doncellita no había llegado aun al café, cuando ya nuestro belga estaba hecho un caramelo.

Es verdad que la doncella de Isabel era encantadora.

Hubiera rehabilitado á su casta en el *esprit* de los mundanas más difíciles.

Al levantarse de la mesa pasó el brazo por el de van Berg sin cumplimento, con confianza y paseando por delante de los vecinos de Toury, que tomaban el fresco á las puertas de sus casas, recorrieron juntos el pueblo de un extremo á otro.

Nada más inocente, después de todo, que el motivo de aquel paseo en plena luna, porque

el astro de la noche estaba en toda su plenitud y acababa de mostrarse.

No se trataba más que de visitar á Toury un instante, y el belga, que por su estancia allí había adquirido derecho de ciudadanía, al hacer los honores del pueblo á la joven, empleó su tiempo útilmente y se creyó seguro de no haberlo perdido.

Rosa se mostró graciosa, complaciente, agradecida á los cuidados de su cicerone, conmovida por las protestas de cariño, de admiración y... preciso es decirlo, de amor que este la hacía.

Van Berg tenía una lengua tan dorada, como inflamable era su naturaleza.

Pero cuando se lanzó en declaraciones de un lirismo excesivo, la joven manifestó constantes deseos de descansar en su habitación del *Gallo Rojo*.

Bien pronto subió Rosa á la habitación que la estaba destinada en lo mejor de la casa y que comunicaba, como sabemos, con la de su adorador, mientras que éste se encerraba en la suya, meciéndose en esperanzas que la aparente facilidad de la doncellita hacía fundadas.

Pero con gran asombro suyo, oyó en segui-

da un ruido seco en la puerta que le separaba de la incendiaria rubia.

Era el cerrojo que la aseguraba el verse libre de su impresionable vecino.

Se acercó vivamente á la puerta.

—¡Rosa!—dijo con voz suplicante.

—¿Qué queréis?

—Hablaros.

—¿No lo habeis dicho aun todo?

—No.

—¿Qué es lo que os falta que decirme?

—Todo lo más interesante.

—¿Bueno, pues mañana me lo direis.

—¡No! ¡Esta noche!

—¡Me estoy cayendo de sueño!

—¡Os lo suplico!...

—Es inútil.

—¿Estais incomodada conmigo?

—¿Por qué he de estarlo? ¿Qué motivos hay para eso?

—¡Entonces!...

—¡Qué ganas teneis de charlar! ¡Hasta mañana!

—¡Cruel!

—Me estoy cayendo de cansancio. Y además...

—¿Qué?

—¡Que es imposible!

—¡Si vos quisiérais!...

La joven se acercó mucho á la puerta y el belga oyó estas palabras, murmuradas como una promesa.

—¡Mañana! ¡Paciencia!

Distinguió el ruido de las ropas al caer sobre el sillón en que Rosa las echaba, oyó el crugido de la cama al recibirla y vió que la luz se apagó de pronto.

Por más que repitió con lastimero tono, dos ó tres veces:

—¡Rosa! Rosa, no recibió contestación alguna.

¿Qué hacer? ¿Qué decisión tomar en vista de aquel silencio? ¡Imitar á su vecina y dormir! Esto era lo más prudente; pero él no podía resolverse á hacerlo. Todas estas lentitudes, estos retrasos, las molestias que es preciso tomarse para conquistas inciertas, le exasperaban.

Estas dificultades le hacían lamentar más la ausencia de la verdadera mujer encantadora y cariñosa que había poseído y que le servía como esclava sumisa y siempre dispuesta,

su Clotilde, su Rubens, que hubiera dado cualquier cosa por evocarla con el solo esfuerzo de su voluntad, para calmar el fuego de sus venas.

Su viudez se le hacía enormemente pesada. Sentía germinar en su cerebro, sorda irritación contra aquella Isabel que se hacía desear tanto, que parecía prometer y huía en el momento mismo en que él creía apoderarse de ella; contra Rosa, aquella pobre muchacha inocente, que dormía con toda tranquilidad, y hasta contra aquel cerrojo, que hubiera hecho saltar de un puñetazo, sino hubiera temido ser causa de un escándalo y de que intervinieran las gentes de la casa.

Abrió la ventana de su cuarto y respiró, para calmarse con el aire, refrescado por la brisa de la noche.

Algunos paseantes circulaban aun por la calle y carretas cargadas de heno pasaban, embalsamando la atmósfera.

A lo lejos sonaban cuernos de caza, haciendo llegar su sonido á los más lejanos extremos del campo.

Van Berg se abismaba en esta contemplación, cuando sonaron dos golpes secos en su puerta.

—¡Adelante!—dijo.

Pero se acordó entonces de que estaba en la posada y que era preciso ir á abrir la puerta por sí mismo.

Así lo hizo.

Tres aldeanos con su traje de los días de fiesta y acompañados de un gendarme con uniforme, se presentaron á su vista.